

PRESENTACIÓN



M. Rodríguez F.

ESTE NÚMERO 511 de ATENEA se abre con un artículo de la profesora de la Universidad de Alicante Eva Valero sobre un texto poético de Raúl Zurita publicado en el 2007 con el sugerente título *Las ciudades de agua*.

Precisamente, la autora destaca el cambio espacial que conlleva el título: la naturaleza chilena (sus valles, ríos, desiertos y cordilleras) es reemplazada por una espacialidad citadina: las urbes de “agua”. Anota, sin embargo, Valero que la naturaleza persiste permeada en las visiones poéticas de la ciudad.

Inteligentemente la crítica trabaja la contradicción que alberga el enunciado “Ciudades de agua”. La idea de ciudad está presidida, a pesar de las mutaciones, por lo sólido expresado en lo pétreo opuesto a lo líquido. La oposición se resuelve a través de la metáfora del espejo: la ciudad como un gran espacio reflectante, y esta metáfora de la ciudad líquida, presente en los reflejos de las vidrieras, escaparates, de los charcos, de las calles mojadas por la lluvia, es la que persigue y desarrolla Valero con la ayuda de las visiones de Bachelard sobre el agua como elemento primordial y primigenio.

El artículo siguiente de Wilfrido Corral, académico de la Sacramento State University, es polémico y novedoso por la perspectiva con que analiza la prosa no ficticia de cuatro autores latinoamericanos: Abad Faciolince, Fuguet, Valencia y Volpi. Corral rastrea, con Aira, Bolaño y Agamben en mente, la redefinición de la prosa y la cultura que efectúan estos actores.

El cultivo de la prosa no ficticia, como una manera de insertarse decididamente en la cultura de la cual se nutren, es una de las claves que caracteriza a estos narradores. Aunque no exista una recepción parecida, una visión cultural compartida, los acerca la falta de consolidación o canonización de sus obras, sus publicaciones en periódicos y revistas, sus blogs o sus sitios en la red.

Corral pasa lista a cada uno de los cuatro autores elegidos, siendo la parte correspondiente a Fuguet, caracterizado como un nuevo narrador “bilingüe tocado por la ‘levedad’”, la más controvertible y también por ello la más interesante.

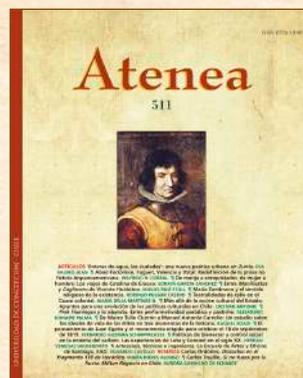
El artículo que continúa incorpora a este número la figura transgresora de la Monja Alférez Catalina de Erauso. Soraya García-Sánchez, de la Universidad de Las Palmas de Gran Canaria, examina la vida azarosa y trashumante de una mujer del siglo XVII que para la crítica se representa como una viajera clásica, que cultiva la alteridad, la distancia entre su yo y lo que justifica la medida de lo extraño.

A Soraya García-Sánchez le interesa fundamentalmente el trayecto espacial de los viajes de Catalina porque asume que sus memorias pueden enmarcarse dentro de la llamada literatura de viajes. Este subgénero literario se caracteriza por la narración, mediante crónicas, diarios de a bordo, cartas, informes, de una experiencia vivida. Al viajero no le basta con aportar pruebas materiales de su recorrido, sino dejar constancia escrita de todo ello. La autobiografía vanidosa de Catalina se organiza como una constancia de su vida aventurera y como un capítulo indispensable en una posible historia de la mujer en el siglo XVII. En esta línea, el relato de Catalina es un viaje espacial y temporal direccionado como viaje personal, viaje de género en un mundo dominado por los hombres, escribe la autora del artículo.

Miguel Ruiz Stull, académico asociado de la Facultad de Artes de la Universidad de Chile e investigador del Instituto de Arte, Pontificia Universidad Católica de Valparaíso, propone en su artículo el estudio de las variables técnicas en la construcción de un nuevo tipo de novela: la novela-film Cagliostro escrita por el poeta chileno Vicente Huidobro.

La tesis fundamental del investigador se puede sintetizar en la siguiente propuesta: la novela-film Cagliostro deviene laboratorio literario, donde Huidobro experimenta con nuevas formas de creación poética que alcanzarán su culminación en Mío Cid Campeador y Gilles de Rais, relatos que sin la escritura experimental de Cagliostro no habrían podido alcanzar toda la consistencia estética que los caracteriza.

Con este artículo se cierra el primer círculo que contiene el número 511, que podríamos designar como estudio de lo anómalo, en el sentido que Gilles Deleuze le confiere al vocablo. En el artículo sobre Zurita el espacio urbano es lo anómalo que corre, como “el lobo fuera de la manada” (fuera y dentro), paralelo al espacio dominante en la poesía del autor, la espacialidad natural. La escritura no ficcional que se examina en el artículo que sigue es claramente anómala a la imperante en los maestros del “boom” y sus seguidores. El paper sobre la Monja Alférez es el análisis de una figura paradigmáticamente anómala, como lo es también Cagliostro de Huidobro.



La segunda y última parte del número se aleja de la anomalidad, que también puede entenderse como lo extravagante, lo presuntuoso y aun lo vanidoso si no fuera porque también significa la libertad de lo alterno, la transgresión al canon en busca de la vida y del otro.

Esta segunda parte, más próxima al canon, comienza con el estudio de Rodrigo Pulgar, académico del Departamento de Filosofía de la Facultad de Humanidades y Arte de la Universidad de Concepción, sobre la investigación filosófica de María Zambrano. Según Pulgar, el pensamiento de la malagueña se elabora mediante la intersubjetividad y la trascendencia que culminan en la idea de persona y en el significado de la palabra como expresión del diálogo Dios-hombre. Así, la propuesta ontoteológica de Zambrano, escribe Pulgar, habla de una experiencia teológica entre Dios y persona en cuyo eje dialéctico se hallan juntas la libertad y la verdad. En las bellas palabras de la filósofa: “La persona incluye el yo y lo trasciende, pues el yo es vigilia, atención inmóvil, es una especie de guardián. La persona, como su mismo nombre lo indica, es una forma, una máscara con la cual afrontamos la vida, la relación y el trato con los demás, con las cosas divinas y humanas. Esa persona es moral, verdaderamente humana cuando porta dentro de sí la conciencia, el pensamiento, un cierto conocimiento de sí mismo y un cierto orden, cuando se sitúa previamente a todo trato y a toda acción en un orden; cuando recoge lo más íntimo del sentir, la esperanza”.

María Delia Martínez, académica de la Universidad Metropolitana de Ciencias de la Educación, estudia las “Teatralidades de calle en el Cuzco colonial” en el artículo que sigue.

Afirma que en la ciudad del Cuzco aún se pueden identificar elementos que continúan siendo parte de un sistema simbólico empleado para la representación escénica de un pasado mítico e histórico.

Durante la Colonia el poder eclesiástico y político motivó a los indios a participar con sus mejores galas en los desfiles y procesiones. Estas manifestaciones, según Martínez, articulan dos espacialidades: la de la visión indígena que trabaja en la construcción de fronteras ritualizadas y la concepción occidental que valora la definición lineal. Así, el espacio se resignifica como territorio potencialmente creativo que, básicamente, establece una línea de significación que separa a los que manejan el poder de los excluidos de él, pero que expresará sobre todo de la forma en que se aplica ese poder y se obedece.

Cristian Antoine, profesor de la Escuela de Periodismo de la Universidad del Pacífico, plantea interesantes ideas acerca de la noción de políticas culturales en Chile.

Antoine reconoce que la intervención del Estado chileno en el campo cultural se inicia desde los orígenes de la república, a través de la idea del “Estado civilatorio”, lo que significa su permanente interés en la cultura. El Estado siempre ha tenido un rol de protagonista en este campo estableciendo marcos legales, asignando recursos y adoptando disposiciones administrativas para la oferta de bienes y servicios culturales. Pero también queda en evidencia que las políticas culturales se han hecho desde el poder dominante y no han considerado mecanismos de evaluación conocidos ni la comunidad participa en esa política, tampoco hay reportes disponibles al público, y los medios de comunicación no dan la cobertura deseable a estos temas. La legislación dictada no ha resuelto los problemas de concentración de las decisiones, la falta de estímulo a la demanda, etc.

Antoine reclama una evaluación de las políticas públicas, indispensable para comprender las intervenciones del Estado en diversas áreas del territorio cultural y los resultados de ellas.

El sociólogo Alejandro Donaire, del Instituto de Sociología de la Universidad de Valparaíso, parte de la última escena del filme Pink Flamingos donde la drag queen Divine, mirando seductoramente a la cámara, se embetuna los labios con excremento de perro para penetrar en el ámbito difuso de los espacios de lo abyecto.

Donaire se pregunta si esa imagen tiene hoy en día el mismo efecto de shock que producía varias décadas atrás cuando fue presentada. En el siglo pasado la cinta de John Waters se situaba en el eje paradigmático de la comprensión de lo abyecto como ejercicio de performatividad paródica, pero hoy en día, superadas las manifestaciones contraculturales que despertó la crisis de los modelos disciplinarios, los efectos de neutralización que produjo la rearticulación del capitalismo tienden a dar paso al pastiche.

Donaire recurre a Baudrillard para dar cuenta del nuevo escenario global en que había entrado el proyecto moderno a fines del siglo pasado. Según el filósofo francés, nos encontramos en el momento posterior a la orgía, cuando ya todo ha sido llevado a cabo y no queda nada más que su permanente simulación. Donaire entiende este punto no como un escenario sombrío sino como un punto de fuga desde el cual se puede partir —y

así lo hace en su artículo— para entender los procesos de transformación en la captura del gesto transgresor por las redes del poder, de las cuales se pretendía escapar.

Raquel Soaje, doctora en Historia y académica de la Universidad de los Andes, analiza en su paper “las buenas maneras” desde Cicerón al venezolano Manuel Antonio Carreño. La socióloga afirma que el conocido Manual de Carreño es el heredero de una larga tradición que se inicia con Cicerón, quien proponía en su tiempo el arquetipo de la Humanitas como ideal estético y aristocrático de vida para alcanzar la virtud, y culmina en Carreño, que buscaba formar a través de las “buenas maneras” el ciudadano modelo de las jóvenes naciones hispanoamericanas. La enseñanza cristiana es parte fundamental de este modelo que recorre la historia desde la baja Edad Media hasta los tiempos modernos, como sucede con Erasmo y Lord Chesterfield en sus Cartas completas (1852).

Fernando Guzmán, doctor en Historia del Arte y profesor de la Universidad Adolfo Ibáñez, se propone investigar al posible autor intelectual del monumento efímero que en 1819 erigió en la Plaza de Armas la Municipalidad de Santiago para celebrar el primer aniversario de la Independencia.

El autor reproduce un artículo publicado en el periódico El Telégrafo de 9 de octubre del año 1819 que describe y entrega una detallada caracterización de la estructura artística. Se trata de una estructura compleja que requirió la participación de escultores, carpinteros, pintores y, tal vez, de un arquitecto que propusiera un orden de acuerdo a las indicaciones de algún tratadista de la época, como Vitrubio.

El momento conmemorativo requirió, propone Fernando Guzmán, una planificación intelectual. La disposición de las figuras alegóricas (El Genio de la Victoria, La Abundancia, La Paz y el Genio de América), más las cuatro columnas que en el centro de la Plaza sostienen las virtudes cardinales, contiene un manifiesto discurso político que le da un sentido ideológico a las esculturas. La victoria sobre el enemigo, la abundancia, la paz y el genio local son los caminos que conducen a los ciudadanos a la virtud, impedida en la Colonia por los lazos de la esclavitud. Si éste era el objetivo de los cuatro emblemas, las circunstancias históricas favorecen la hipótesis de la participación de Juan Egaña en la programación del monumento para celebrar el aniversario de la llamada “regeneración política”.

Convincentemente el trabajo compara, enseguida, el ideario político de

Juan Egaña con el discurso visual del monumento, concluyendo la posible autoría intelectual del político.

El artículo de Hernán Venegas Valdebenito, profesor del Departamento de Historia de la Universidad de Santiago de Chile, retoma una línea de investigación a la que ATENEA ha abierto desde hace largo tiempo sus páginas. Nos referimos al tema de la minería del carbón en la Octava Región. Hernán Venegas estudia las políticas de control social, entre las cuales los Departamentos de Bienestar ocupan un lugar clave en las estrategias de disciplinamiento de sus trabajadores que realizan las compañías carboníferas.

La primera de estas estrategias, escribe el autor, fue de un diseño muy cercano al paternalismo industrial. Este concepto está vinculado a las relaciones que establecen entre sí capital y trabajo, en las que el primero necesita disciplinar a los obreros para aumentar su productividad. El disciplinamiento fue más allá del plano laboral, acota Hernán Venegas, porque incorporó elementos caritativos y de beneficencia en las relaciones con el trabajador, encarnadas al principio en el líder empresarial y su familia y, con posterioridad, en los Departamentos de Bienestar.

Es interesante observar las tesis del historiador que escenifican las pautas de control de industriales como Luis Cousiño o Federico Schwager que construyeron verdaderas “ciudadelas” industriales con habitaciones colectivas o individuales, hospital, iglesia, escuelas, cuartel de policía y guardia privada, en las que la autoridad del empresario primó y entró en conflicto no sólo con la comunidad sino con las autoridades estatales.

El artículo “Artesanos, técnicos e ingenieros. La Escuela de Artes y Oficios de Santiago, EAO”, del profesor del Departamento de Diseño de la Universidad de Chile Eduardo Castillo, es un estudio que visibiliza la Escuela de Artes y Oficios, fundada en 1849, como un referente de la forma en que las ideas educacionales provenientes del ideario ilustrado y su materialización en la revolución industrial se proyectaron a las nacientes naciones latinoamericanas del siglo XIX. La creación del establecimiento se origina en el proyecto educativo del gobierno chileno de “civilizar al pueblo”, en el contexto de un nuevo país, escribe Castillo, con una alta población rural, escasa alfabetización e incipiente vida urbana. Según el Presidente Manuel Bulnes, esta Escuela de Artes y Oficios estaba destinada a promover el cultivo de las “artes mecánicas” entre los “hijos de artesanos honrados y laboriosos”.

Este alumnado proveniente de las clases populares determinó el proyecto educativo de la Escuela basado en la enseñanza de cuatro oficios: carpintería, herrería, fundición y mecánica.

El autor demuestra que sólo en la década de 1940 se produjo un cambio en la composición social del alumnado, cuando la clase media encontró en la educación técnica una vía de progreso social.

Asimismo, establece como dato importante, la dimensión minoritaria que tuvo la enseñanza artística, que según la denominación de la Escuela debió ser importante: Artes y Oficios.

El número se cierra con dos reseñas. La primera sobre Disturbio en el fragmento 119 de Heráclito del poeta hondureño Carlos Ordóñez, escrita por María Nieves Alonso. Y la segunda sobre Si no fuera por la lluvia: Milton Rogovin en Chile, del poeta del sur de Chile Carlos Trujillo, perteneciente a Aurora Camacho, ambos trabajos de gran interés.

MARIO RODRÍGUEZ F.
DIRECTOR